

N O S Q U E D A N D O S C A M I N O S :

madurar o caducar

HÉCTOR ZAGAL

@hzagal

Este año ha sido devastador. No me dejarán mentir. Todos lo hemos sufrido de maneras distintas. Por mi parte puedo decir que conocidos míos murieron, amigos cercanos estuvieron enfermos y sé de grandes y pequeñas empresas que quebraron y de varias personas que perdieron su empleo. A estas pérdidas habría que añadir aquellas relaciones sentimentales que no han resistido la distancia o la cercanía impuesta del encierro. No hay ámbito de nuestra vida que no haya sido impactado por el virus.

El confinamiento ha golpeado con fuerza la estabilidad de los hogares. El espacio doméstico se ha transformado en oficina, escuela, centro de entretenimiento, gimnasio, taller y, al final del día, en lugar de descanso. La interacción social ha sido reducida al mínimo. Nos despedimos (o debimos haberlo hecho) de las fiestas, reuniones, salidas a comer con amigos, los viajes. Eso tan solo respecto al exterior, pues quienes viven con sus parejas o familias también han visto transformada su interacción.

Para muchos no ha sido fácil compartir un mismo espacio con las mismas personas todo el tiempo. Tras haber estado tantos meses sin salir a la calle nos damos cuenta de que ir a trabajar, a hacer las compras o a la escuela, es un respiro y una diversión. Esos momentos podían procurarnos risas, charlas con colegas o amigos, y quizás algún disgusto si nos atascábamos en el tráfico, pero eso hacía que el llegar a casa fuera más placentero. Y cualquier evento del día nos daba tema de conversación con nuestra familia. Hemos tenido que renovar también las sobremesas del desayuno, comida y cena. Organizar actividades comunes e individuales. Todo esto ejercitando la tolerancia y la paciencia, no solo con los demás, sino también con nosotros mismos.

VINO, EXPERIENCIA Y AÑEJAMIENTO

Esta pandemia nos ha cambiado. Algunos dicen que nos metieron una década en un solo año. Otros comentan que hay vinos que mejoran con los años, pero que este año solo mejora con el

vino. Frente a ello nos quedan dos caminos: o maduramos o caducamos.

Las épocas de crisis son oportunidades para madurar humanamente. ¿Qué significa esto? Madurar consiste en procesar la experiencia adquirida, reflexionar al respecto. No basta con vivir y acumular momentos; la experiencia pierde sentido si no se aprende de ella. Madurar implica reconocer nuestros errores no para flagelarnos con la culpa, sino para corregirnos. Una persona madura hace un recuento de los daños para determinar qué pudo haberse previsto, qué no se hizo y por qué. Todo esto con proyección al futuro. Es decir, la madurez no es solo señalar qué se hizo mal, sino determinar qué tiene que mejorarse y formular un plan B si la situación se complica.

La madurez nos permite distinguir lo prescindible de lo imprescindible, lo fundamental, lo valioso. Lo que tenemos que preguntarnos es qué estamos dispuestos a ceder y qué no podemos darnos el lujo de perder. En las crisis descubrimos qué es importante para nosotros, qué salvaríamos del fuego, por ejemplo. Sherlock Holmes se aprovecha de esto en el relato «Escándalo de Bohemia». Allí Holmes debe recuperar una fotografía que pone en juego la buena reputación del rey de Bohemia. La fotografía muestra al rey con la cantante de ópera Irene Adler. Con la fotografía en su poder, Adler ha chantajeado al rey. Para determinar dónde la esconde, Holmes elabora un plan que consiste en entrar a su casa fingiendo ser un clérigo y dar la señal a Watson para que truene un cuete y grite «¡Fuego!». Así, tal como esperaba Holmes, Adler corre hacia la sala de estar e intenta sacar algo de un cajón. La casa podía quemarse, pero perder esa fotografía la dejaría sin nada. Así las crisis nos ayudan a conocer qué es importante para nosotros y qué es superfluo.

¿TEMERIDAD O FORTALEZA?

Una vez reconocido lo importante, hay que buscar maneras de protegerlo. En estos tiempos es común que nos preguntemos si debemos temer al virus. No hay duda. No temerle al virus sería temeridad, es decir, no reconocer peligro alguno

y, por tanto, no prepararse para enfrentar la realidad. El miedo nos permite analizar los riesgos y actuar de la mejor manera para no caer en ellos. Por ello el miedo no debe ser paralizante, sino un miedo proactivo que nos impulse a cumplir con las medidas de prevención, por muy incómodas que sean. Cumplir con el confinamiento, la sana distancia, usar cubrebocas aún en días de calor y lavarse constantemente las manos solo tiene sentido si somos conscientes de lo que está en peligro si no lo hacemos. La madurez, en este caso, es tener disciplina para hacer lo necesario para cuidar lo que es valioso; la salud de otros y la propia.

La pandemia nos obliga a reconocer que la mejor estrategia no siempre es emprender y acometer, sino resistir. En estos momentos tenemos que revalorar la firmeza y la constancia en ésta. La fortaleza que necesitamos en estos momentos no es una de enfrentamiento, sino de resistencia. La situación no ha mejorado. No estamos cerca de cantar victoria en la batalla contra el virus. Mientras no esté disponible la vacuna para todos, lo único que nos queda es no romper filas y reducir los contagios. Como las falanges de Filipo II de Macedonia y Alejandro Magno, la fortaleza del conjunto residía en que cada soldado de infantería debe mantenerse en su puesto. Una cadena solo es tan fuerte como su eslabón más débil, por ello no hay que relajar las medidas de prevención. Resistencia.

Leer las noticias puede ser desalentador, sin embargo, si algo nos ha enseñado esta crisis es a leer el periódico. Más allá de la inmediatez de las redes sociales que nos permiten mantenernos en conexión con cualquier parte del mundo, hoy el virus nos demuestra cómo lo que pasa en el otro lado del mundo nos puede afectar. Esto no está pasando solo en una pantalla, sino en la vida real. No vivimos aislados, sino que dependemos de un entorno. No se trata de olvidarnos de nuestros proyectos ni de nuestras preocupaciones personales, sino de estar al pendiente del contexto. Pensemos en las carreras de caballos. Se les colocan anteojeras para reducir su visión periférica y que no se distraigan de su objetivo.

Estar enfocados en la meta está muy bien, pero no podemos ignorar si de repente el hipódromo se prende en llamas.

En ese hipódromo en llamas, algunas personas quizás estén más cercanas al fuego, otras, más lejos. Otras quizá solo alcancen primero a ver el humo mucho antes de sentir el calor. Así, algunos tendrán más tiempo para planear cómo protegerse, otros tuvieron que improvisar inmediatamente. Sin embargo, el fuego, si no se controla, devora todo a su paso y quema igual en su origen que estando lejos de él. Hoy, más que nunca, tenemos que darnos cuenta de que, independientemente de nuestros contextos individuales, todos compartimos una misma emergencia. La madurez también se expresa como la capacidad de ver otras tragedias y actuar de manera solidaria. El cuidado no se queda solo en nuestro círculo cercano, sino que se extiende a todos los demás que, como uno mismo, están enfrentándose a la pandemia.

Este año se han pospuesto muchos proyectos, empleos, bodas, compras importantes como de casa o de automóvil, cumpleaños, noviazgos. El sistema de salud pública tuvo, y aún tiene, que ingeniárselas para atender a todos los enfermos del nuevo coronavirus y a otros pacientes. Las grandes y pequeñas empresas también han tenido que trazar nuevos horizontes, hacer algunos recortes y resistir. Yo he tenido la suerte de poder trabajar desde casa durante el confinamiento y, sin embargo, no fue sencillo. Como otros miles de profesores he tenido que aprender a dar clase a distancia. El reto no solo ha sido aprender a utilizar las plataformas de videoconferencias con cierta destreza, sino a interactuar con adolescentes y jóvenes vía remota. La situación ha sido agotadora tanto para docentes como para alumnos. Aún es muy pronto para determinar con certeza el impacto que la educación a distancia ha tenido en México, pero creo que nos ha dejado aprendizajes profundos. Me di cuenta de mis fortalezas como profesor, pero también de mis puntos débiles. Cada día sigo intentando reinventarme. Esta crisis me ha obligado a ser más ingenioso. Bien dicen que la necesidad es la madre de la creatividad.

Hace poco escuché un cuento sobre cómo la adversidad puede sacar lo mejor de nosotros. El relato nos cuenta la historia de un maestro espiritual y su discípulo. Un día, mientras recorrían los límites de un pueblo se encontraron con una familia que vivía en una casa muy pobre. La pareja y sus tres hijos vivían al día. Platicando con

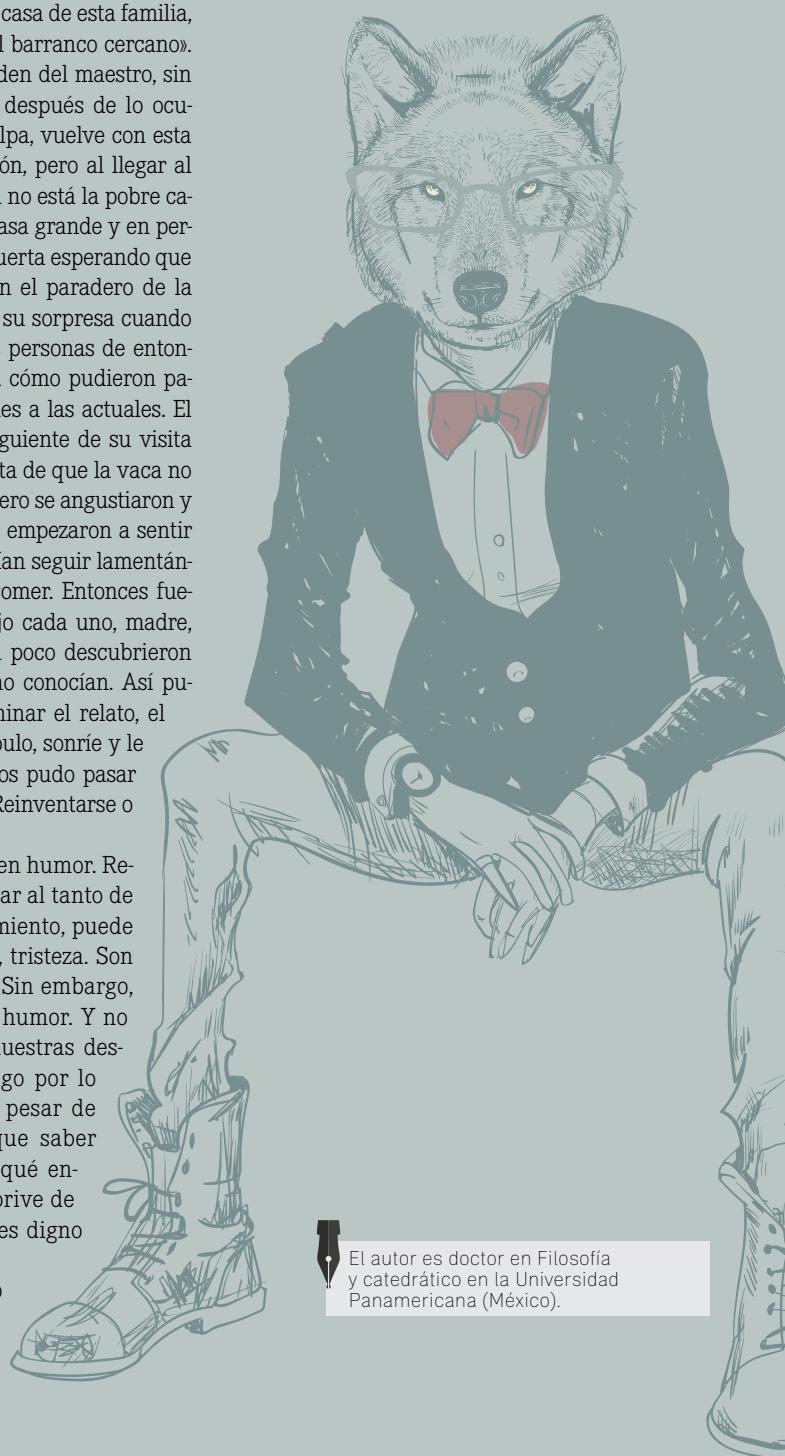
ellos, maestro y discípulo se enteran de que han sobrevivido así por años gracias a una vaca que les da leche suficiente para beber y preparar algunos productos que intercambian en el mercado del pueblo. Maestro y discípulo se despiden y siguen su camino. Al poco rato, el discípulo le comparte a su maestro el pesar que le ha provocado ver a esta familia tan pobre. El maestro lo escucha con atención y le dice «Vuelve a la casa de esta familia, toma la vaca y avientala en el barranco cercano». El discípulo no entiende la orden del maestro, sin embargo, la cumple. Tiempo después de lo ocurrido, el discípulo, lleno de culpa, vuelve con esta familia para suplicar su perdón, pero al llegar al lugar se encuentra con que ya no está la pobre casucha de entonces, sino una casa grande y en perfectas condiciones. Toca a la puerta esperando que los nuevos inquilinos le digan el paradero de la familia pobre, pero grande es su sorpresa cuando descubre que son las mismas personas de entonces. Confundido, les pregunta cómo pudieron pasar de sus antiguas condiciones a las actuales. El padre le cuenta que al día siguiente de su visita con el maestro se dieron cuenta de que la vaca no estaba en ninguna parte. Primero se angustiaron y lloraron mucho, pero después empezaron a sentir hambre y a tener frío. No podían seguir lamentándose la pérdida, tenían que comer. Entonces fueron al pueblo a buscar trabajo cada uno, madre, padre y los tres hijos. Poco a poco descubrieron que tenían habilidades que no conocían. Así pudieron salir adelante. Al terminar el relato, el padre mira fijamente al discípulo, sonríe y le dice «Al final, lo mejor que nos pudo pasar fue haber perdido esa vaca». Reinventarse o morir, ese es el dilema.

La madurez también es buen humor. Reflexionar sobre la crisis y estar al tanto de las noticias, sumado al aislamiento, puede llevarnos a sentir miedo, ira, tristeza. Son emociones más que válidas. Sin embargo, no dejemos de lado el buen humor. Y no me refiero a burlarnos de nuestras desgracias, sino a encontrar algo por lo que reírnos y alegrarnos a pesar de nuestras desgracias. Hay que saber cuándo entristecerse y por qué entristecerse sin que ello nos prive de alegrarnos por aquello que es digno de contento.

Por último, la madurez no es una cuestión de edad. Madurar es un proceso

constante que no se deja atrás tras cumplir 18 años, después de concluir la carrera, después del primer empleo o de comprar una casa. No importa la edad, siempre se puede madurar.

Sapere aude! ¡Atrévete a saber! </>



El autor es doctor en Filosofía y catedrático en la Universidad Panamericana (México).